THE HORUS HERESY®

LOST SONS

James Swallow



A HORUS HERESY SHORT STORY



LA HEREJÍA DE HORUS

LOS HIJOS PERDIDOS

JAMES SLALLOW

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



DRAMATIS PERSONAE

La Legión de los Ángeles Sangrientos

ARKAD	Custodio de Baal y Guardían o capellán de los Ángeles Sangrientos
HEZEN	Hermano de los Ángeles Sangrientos
NAGAL	Hermano de los Ángeles Sangrientos

Caballero Gris

TYLOS RUBIO	Caballero errante bibliotecario, antiguo Ultramarine

Personaje Imperial

JESPER	Astrópata de Baal

Dirijo estas palabras al registro de voz.

Día ciento once del quinto año de nuestra guardia, tercer año desde el día de la traición. Mantengo a raya mi temperamento y repaso la hoja de mi espada mientras la afilo y espero.

Y espero.

Soy Arkad, vigilante de los Ángeles Sangrientos, y soy, como he sido desde que mi señor Sanguinius diera la orden, custodio de Baal y todo lo que a él concierne.

Somos veinte en total, mis hermanos y yo. Un puñado de hijos de la inmensa legión, aquí, en las arenas de nuestro mundo natal. Marchamos por los salones de la fortaleza-monasterio y entrenamos sin descanso. Luchamos entre nosotros y contra los servidores de combate. Meditamos y supervisamos el ejército de sirvientes humanos que mantienen ardiendo el corazón de la legión, las glorias de los Ángeles Sangrientos impolutas, perfectas, siempre listas.

Y esperamos.

Cinco años no es ni un parpadeo en el tiempo cósmico, apenas es un intervalo apreciable para un guerrero de las legiones astartes. Vivimos en una escala que el común de los mortales no comprende. Campañas que se extienden décadas son el pan de cada día en nuestra existencia.

¿Cinco años? Alguna vez he estado en animación suspendida por un periodo más largo. ¡No significan nada!

No significan…

El tiempo es algo extrañamente maleable. He visto pasar ante mis ojos una era a la velocidad de un suspiro y sin embargo estos años se han movido como si cada día fuera más largo que el anterior. Me levanto antes que el sol rojo de Baal, y parece que el lapso de tiempo que transcurre hasta que lo veo ocultarse en el horizonte es una eternidad.

Esta inactividad me desgasta, como a los otros. No hacemos nada. Nos ocupamos de trivialidades y entrenamos sin objetivo alguno. Y todo esto ocurre mientras que en la galaxia una guerra como ninguna hasta ahora reduce estrellas a cenizas. Una

guerra civil, una pesadilla de legión contra legión. Un conflicto que… y sólo me atrevo a susurrarlo… puede que nos haya cobrado ya un precio muy alto.

Deseo que este día sea el último. Que hoy la orden que juré obedecer deje de pesar sobre mis hombros.

Memorando imperial # GHJRHVE/334/DXGJ/7316/Theta

+++INICIO DE TRANSMISIÓN+++

Por orden de Horus Lupercal, Señor de la Guerra, Primero entre los iguales (otros títulos omitidos), se decreta que el Ángel Sanguinius, primarca de la IX Legión astartes, Señor de Baal (otros títulos omitidos) reúna a las Grandes Compañías de los Trescientos, la totalidad de la legión de los Ángeles Sangrientos [ver *addendum*], y que lleve el estandarte de guerra del Emperador de la Humanidad a los mundos del Cúmulo Signus. Lord Sanguinius portará la desaprobación y la iluminación del Imperio a los errados y perdidos bajo el yugo de la raza alienígena conocida como los *nephilim* [ver *Pacificación de Melchior, progromos de exterminación de los Cicatrices Blancas*], hasta la exterminación de los xenos.
Así será, en nombre de Terra.

+ADDENDUM+

Para mantener la operatividad en el sistema Baal y la estructura de la legión, una representación de sus fuerzas permanecerá *in situ*. El mínimo recomendado es de seis naves principales y sus correspondientes de apoyo, personal de tierra, y no menos de veinte marines espaciales.
+++FIN DE TRANSMISIÓN +++

Camino por la pista de aterrizaje de basalto negro de la torre del homenaje, donde me espera el hermano Hezen. Mira al tejado del gran anexo, las torres y las cúpulas de la fortaleza-monasterio. No se vuelve, aunque sé que me oye acercarme. Aquí apenas hay otro sonido aparte del ulular de los vientos como cuchillas. Casi es antinatural que en nuestra ciudadela reine este silencio. Cuando camino entre las arcadas sólo oigo mis propios pasos. Hezen es el primer Ángel Sangriento que veo hoy, el carmesí de su armadura de combate pulido hasta un lustre que reluce a la luz del mediodía.

Sigue si volverse hacia mí.

Mi armadura, negra como el ébano tal como exige el oficio de vigilante, está tan limpia e indemne como la suya. Pulida cada noche, aunque no se presente la necesidad. De mi cadera cuelga la calavera alada de un blanco hueso del *crozius arcanum*, el signo de mi rango y estatus. Tengo que pensar un momento para recordar cuándo fue la última vez que active la destructiva aura de energía del arma; de momento permanece inerte y preparada, como nosotros.
—Hezen.

Lo llamo por su nombre y por fin mi viejo amigo me concede una mirada. Tiene el casco de combate bajo un brazo y las hebras plateadas de su pelo son presa de la brisa. Una línea de remaches forma un acento sobre su ojo derecho, dándole una expresión inquisitiva permanente.

—Hermano Arkad —se inclina ligeramente—. Hay noticias de la órbita —da un ligero toque al comunicador de su oído—. Una nave de desembarco ha alcanzado nuestra atmósfera hace unos minutos. Se le ha dado permiso para aterrizar.

—¿Y qué hay de su nave principal?

El navío, un crucero ligero clase Dauntless, había sido localizado en primera instancia por una patrulla más allá de la órbita de Ammonai, el puesto más avanzado del sistema.

—En el punto de mira de una docena de naves de combate. Si algo mayor que una antorcha de plasma se activa sin permiso, abrirán fuego.

Considero eso apropiado. Las comunicaciones han sido exiguas: el capitán de la nave sólo nos ha informado de que transporta a un mensajero envestido de la autoridad del regente de Terra. Las marcas y códigos están completos y correctos, por lo que no podía hacer mucho más que asentir.

Pero estos son tiempos en los que la confianza es algo que no abunda, y me he asegurado de que cada torre en el campo visual albergue un guerrero armado con un bólter del patrón Stalker. Todos hemos oído las historias de traición en Isstvan, Calth y demás, donde hermanos de batalla que eran acogido de buena fe se tornaban desleales, asesinando a quienes les habían dado la bienvenida. Eso no pasará aquí. Lo he jurado.

Oigo el ruido distante de los propulsores. Libero los cierres de mi casco labrado como una calavera para quitármelo y lo dejo colgando de la placa blindada de mi

muslo. Miro al cielo nublado. Los hay que dirían que tengo el aspecto de un hombre sin acabar: no tengo pelo, por efecto de los venenos que casi me mataron en Vaddox Prime. Pero llevo esa desfiguración con orgullo, debo decir. Si un hombre no puede devolverme la mirada la primera vez que nos encontramos, pienso que nunca podré confiar en él.

La nave de desembarco se acerca. La veo al oeste, moviéndose deprisa. Gris como pizarra, ni siquiera mi vista genéticamente mejorada puede localizar ninguna insignia identificativa. Mi mano baja hasta descansar en la empuñadura del *crozius*. Hezen también la ve. Descansa la mano en la pistola que tiene enfundada en el cinto. Ambos estamos preparados para matar y morir hoy. Y creo que ambos secretamente deseamos una excusa para luchar.
Se trata de una Storm Eagle. Hace una pasada sobre la pista de aterrizaje y se posa. En medio del silbido de la propulsión consumida, la rampa de abordaje se abre antes de que el polvo se pose de nuevo, y la silueta de una figura se recorta en el umbral de la compuerta. Un marine espacial, no puede ser nada más, la masa de la servoarmadura llena el interior de la nave. ¿Pero cuáles son los colores del mensajero? A primera vista no los reconozco.

Recuerdo otro mensajero, hace cinco años. El momento permanece nítido en mi mente, mi memoria eidética haciéndomelo presente como si estuviese ocurriendo ahora mismo de nuevo.

Estaba en el *Pensamiento*, la nave de batalla. Aquel buque era como un viejo amigo. Yo estaba a bordo cuando el Emperador llegó a Baal por primera vez, y era joven, muy joven. Alcanzamos nuestra plenitud cuando Sanguinius se reunió con nosotros.
Pero en este recuerdo, el Gran Ángel no está con nosotros.

El grueso de la flota de la legión había estado destinada por la galaxia, la mayor parte en el Cinturón Kayvas el año anterior, pero aquella misión había terminado y los Ángeles Sangrientos nos preparábamos para una nueva tarea. Íbamos a ir a Signus Prime por orden del Señor de la Guerra, para castigar a los xenos que querían doblegarlo bajo su voluntad. En un movimiento sin precedentes, las señales astropáticas hablaban de la intención de movilizar la legión al completo hasta aquellas infortunadas estrellas.

He de admitir que la imagen me emocionaba. Todos nosotros, el gran ejército carmesí, los ángeles de la muerte unidos en pos un único fin. Oh, deseaba tanto ser parte de aquella campaña. Qué gloria podría encontrarse en ella…

Pero no sería así.

La orden vino del propio primarca. No habría dejado que fuera otro quien la diera por él, porque sabía lo que sentiríamos cuando supiéramos cuál era nuestro deber. Oigo el eco de su voz en la repetición del astrópata Ser Jesper, Maestro de los Hablantes, mientras nos transmite su palabra.

Retiraos.
Me encogí de dolor.

Jesper pronunció veinte nombres, y recuerdo claramente los destellos de la pena en las caras de aquellos que no fueron elegidos. Pena por nosotros. Mientras se alejaban hacia los puntos de reunión se despidieron con sonrisas tristes. Se lamentaban de nuestra suerte, pero se alegraban de no compartirla.

Una misión particular había recaído sobre nosotros: permanecer como centinelas del sistema Baal y el hogar de nuestra legión, protegerlo mientras el resto de nuestros hermanos luchaban contra los alienígenas. Seríamos guardianes, entonces. Cuidadores encomendados con la seguridad de nuestro mundo natal, no guerreros libres de tomar parte en la batalla.

Era algo agridulce. Por un lado, se trataba de un gran honor que a nosotros veinte se nos hubiese confiado el corazón palpitante de los Ángeles Sangrientos; por otro, era una tragedia que no pudiésemos saborear la victoria con nuestra legión en Signus.

Lo acepté, con la humildad y el estoicismo que se espera de un vigilante. Pero no todos siguieron mi ejemplo.

El mensajero no luce el emblema de ninguna legión, ni insignia de rango. Su armadura no presenta ninguna decoración salvo un pequeño icono en bajorrelieve sobre una hombrera. Pero nada me confunde más que el hecho de que luce abiertamente la capucha psíquica de un bibliotecario, ¡contraviniendo directamente el Edicto de Nikea! A las legiones astartes se les ha prohibido el uso de poderes psíquicos, y aun así éste muestra los pertrechos de un psíquico sin temor a la censura.

Antes de que ponga un pie en Baal, me interpongo frente a él al pie de la rampa, negándole el paso. Hezen está detrás de mí, con la pistola desenfundada.

El psíquico me mira con algo que podría ser una expresión de diversión amarga. Ahora lo veo mejor, la cabeza rapada y la sombra de la barba de pocos días, unos ojos vigilantes, la nariz rota por incontables golpes. Sabe la pregunta que voy a formular antes de que lo haga, no gracias a sus poderes, sino porque la ha oído cientos de veces.

—Soy el hermano Tylos Rubio, agente de Malcador el Sigilita. Soy el depositario de su autoridad y la del Emperador.

No dice nada más: por lo que se ve, la palabra del Sigilita es salvoconducto suficiente para cualquier cosa.

Tras un momento me aparto y le permito desembarcar.

—Legión y rango, hermano.

La expresión de Rubio es opaca.

—No tengo ninguno de ellos, como podéis ver. Sólo existo como una herramienta de la voluntad del regente.

—¿Y qué quiere Malcador de nosotros? —pregunta Hezen—. He oído que hay una guerra civil ahí fuera.

Mi hermano de batalla no hace intento de enmascarar su amargura.

—Sí —asiente Rubio—. Y ahora esa guerra llega a Baal.

—No veo naves de los traidores —mi mano sigue en el *crozius*, y deseo tener la oportunidad de blandirlo—. Horus Lupercal, la muerte se lo lleve, aún no ha aparecido para poner a prueba nuestras defensas.
—¿Sabéis del tumulto en el *inmaterium*? —me pregunta Rubio—. ¿La franja de tempestad disforme que los hombres llaman la Tormenta Ruinosa?
—Sí.

¿Cómo podríamos no saber de ella? Varios de los astrópatas de Jesper murieron durante la manifestación de ese fenómeno metapsíquico masivo. Hemos oído los informes, esporádicos y contradictorios, sobre un inmenso maelstrom de noche

impenetrable que divide la galaxia. Hay quienes dicen que es algo orquestado por el Señor de la Guerra y sus aliados traidores, mientras que otros aseguran que lo ha causado el Emperador como un cortafuegos que bloquea el acceso a Terra. Sea cual sea la causa, mientras siga retorciéndose en el vacío, los cielos están cortados en dos. Sí, sé de la Tormenta Ruinosa. Cuelga como un telón ensangrentado entre Baal y las estrellas distantes hacia las que partieron nuestros hermanos. Es la barrera que tenemos que penetrar para poder contactar con el Cúmulo Signus. Es lo que nos niega las nuevas de nuestra legión y nuestro primarca.

—Entonces sabéis que el mapa de la galaxia ha cambiado —Rubio abre una bolsa de su cinturón—. Quizá para siempre. Ese cambio ha forzado a Malcador a tomar algunas decisiones difíciles por el bien del Imperio. Por el futuro de la humanidad.

Sostiene un tubo negro mate, el estuche para un rollo de pergamino fótico. El pergamino negro es un documento de tal importancia que es casi una leyenda. Lo veo, y al principio no comprendo. Sólo hay constancia de dos ocasiones en las que tales mensajes se hayan entregado en el mundo natal de una legión astartes. Extiendo la mano para cogerlo, porque sé que es lo que debo hacer. Soy Arkad, vigilante de los Ángeles Sangrientos, guardián de Baal, y sólo yo puedo hacerlo.

Rompo el tuvo con un giro de muñeca y desenrollo el pergamino. Los dedos de ceramita de mis guanteletes ocultan el temor de los míos propios.

—Lo siento, hermano.

Oigo hablar a Rubio, pero sus palabras son distantes. Cada iota de mi ser está atrapada por la lectura de aquel texto, plata sobre negro.

—Los Ángeles Sangrientos ya no existen —digo, aunque mi propia voz está desconectada de mí, esas palabras no son las que recorren gritando mi mente, sino las de la negación, los aullidos de desafío—. Nuestra legión… ha sido anulada.

Hezen se gira hacia el guerrero de armadura gris, alzando su arma igual que asciende su furia.

—¿Qué mentira es ésta? —grita, apuntando a Rubio—. ¡No podéis decir tal cosa, no tenéis derecho para emitir tal dictado! ¡Es una locura!

—Es la orden del regente —responde el psíquico, no sin un tono de compasión en la voz—. Lamento decir que si desobedecéis seréis considerados *excommunicatus traitoris*.
Sostengo el pergamino entre mis dedos adormecidos, y recuerdo haber pronunciado yo mismo aquellas palabras.

Apenas habían pasado unos meses desde que la flota partió hacia Signus, pero mucho había cambiado.

El zumbido penetrante de la teleportación saturó brevemente mis sentidos, y abruptamente ya no estaba en la cámara de transito de la ciudadela sino en medio del *tacticarium* a bordo del *Pensamiento*.
Blandí el *crozius*, aunque sin conectar su campo de energía. Deseaba que la visión del arma fuera suficiente.
Los astartes se giraron hacia mí mientras cruzaba la sala, los tripulantes se apartaron de mi camino. Nagal y cinco hermanos, cada uno de ellos ataviados con la panoplia de combate al completo, con los bólteres cargados y listos.

Listos para ir a la guerra.

—¡No deberías haber venido, vigilante! —me gritó Nagal enfurecido; tenía en sus manos su pistola bólter, pero no me apuntó.

—Retiraos —ordené, y sólo después de que la palabra abandonó mi boca escuché el eco de la orden de Sanguinius en ella.

Nagal dejó escapar una risa amarga.

—Esta vez no. Partimos, y no nos detendrás.

Hizo un gesto a su alrededor. La tripulación del *Pensamiento* estaba preparada para llevar la nave a la disformidad. Locos: la tormenta los mataría si intentaban atravesarla. Se lo dije, pero aquello no persuadió a Nagal.
—Aceptamos el riesgo. Es mejor perecer en el intento que permanecer aquí y dejar que nuestra voluntad se corroa.

—Hermano, escúchame atentamente. Deteneos. Es la voluntad del primarca. Si desobedecéis seréis considerados *excommunicatus traitoris*.
Por un momento pareció que aquello les hizo recapacitar, pero Nagal se aferró de nuevo a su decisión.

—No quiero enfrentarme a ti, Arkad. Date la vuelta y déjanos. Es lo mejor.

—No lo haré —una parte de mí quería acompañarlos—. Comparto vuestra angustia, vuestra frustración. ¡Todos lo hacemos! —repasé las caras de los otros guerreros y la tripulación: sí, todos las sentíamos—. Pero tenemos órdenes. Debemos permanecer aquí y proteger Baal hasta que seamos relevados.

—¿Protegerlo de qué? —la pregunta de Nagal fue un bufido—. ¡No podemos perder más tiempo!

Apuntó con su dedo al mamparo tras el que se veían las lejanas estrellas en medio de la negrura, y supe lo que quería decir. Allí fuera, escondido en la médula del espacio disforme, una falla infernal crecía como un cáncer. Los viajeros del espacio lo llamaban la Tormenta Ruinosa. Se hacía más densa con cada día que pasaba, y con su llegada habíamos perdido todo contacto con la flota y el Ángel. Una mortaja caía sobre nosotros. Yo temía lo peor.

Pronuncié el nombre.

—Horus. Debemos estar preparados para enfrentarnos…

Nagal no me dejó terminar. Escupió sobre la cubierta.

—¡Mentiras e idioteces! ¡Me niego a aceptar esas historias que denigran al hermano amado de nuestro señor! ¡Horus nunca daría la espalda a Terra! ¡Se trata de un plan para dividirnos, maquinado por algún enemigo desconocido! Por eso tenemos que ir en busca del Ángel, para conocer la verdad.

Se detuvo un momento, hundido por la terrible posibilidad que en ese momento barajaba en su mente. Yo conocía esa sensación, oh, sí.

—Y si… si ese horror es cierto… entonces con más motivo debemos estar al lado de Sanguinius.

—Si Horus es un traidor —añadió otro de los guerreros—, lo encontraremos y lo mataremos.

Mi hermano de combate apartó la mirada, sus ojos iluminados por el miedo.

—¿Qué sentido tiene esconderse aquí si nuestro padre está perdido, si ha…? —Nagal no pudo pronunciar la palabra.

¿Si Sanguinius había muerto?

Guardé el *crozius* en su vaina. Me acerqué a Nagal hasta cruzar mi mirada con la suya.
—¿Creéis que el Ángel está muerto? —les pregunté a todos, y ninguno pudo responderme—. Contestadme, hermanos. Si de verdad creéis que hemos perdido a Sanguinius, entonces dejaré que toméis la nave y partáis.

El silencio que vino a continuación pareció durar para siempre.

—No —dijo Nagal al fin—. No creo que esté muerto. Lo sabríamos —dio un golpe suave con el puño en la coraza, sobre su corazón primario—. Aquí.

Nagal me mira y me odia. Me odia por haber haberlo detenido una vez, y me odia por la noticia que traigo al resto de los veinte. Soy el foco de toda su ira y su frustración. Y no puedo culparlo.

Sostiene en su mano el pergamino negro, y lo estruja antes de arrojarlo enfurecido al suelo del Gran Anexo. La inmensa cámara rematada en cúpula, levantada para albergar cónclaves de Ángeles Sangrientos cientos de veces nuestro número, resuena con los ecos de nuestras voces.

—¡Esto es inaceptable!

Los demás se muestran de acuerdo. Me han oído repetir las palabras del hermano Rubio y se rebelan contra ellas. El psíquico permanece fuera del gran salón a la espera de nuestra respuesta, pero no me cabe duda de que sus dones preternaturales le permiten escuchar todo lo que se dice en el interior.

—¿Qué prueba tiene el Sigilita? —pregunta otro legionario; como todos nosotros, no puede aceptar la posibilidad de que los veinte seamos el único resto de los hijos de Sanguinius—. ¿La palabra de necios y humanos?

Aun así, he visto los datos que Rubio ha traído consigo. Las observaciones de las naves de guerra imperiales, los exploradores enviados desde Terra cuando el estallido de la rebelión. Un puñado de naves naufragadas es todo lo que ha vuelto arrastrándose de la locura de la Tormenta Ruinosa, un puñado de cientos.

Las tripulaciones de esas naves dirigieron todos sus sensores hacia el Cúmulo Signus mientras cruzaban años luz en su dirección, sus sondas buscando cualquier contacto con la flota de los Ángeles Sangrientos, los astrópatas llamando a sus iguales del*Lágrima Roja* y sus naves hermanas.
He visto, y les muestro a ellos, lo que aquellas tripulaciones han visto. Negrura, una ausencia total de luz. Un nuevo vacío en las coordenadas galácticas donde las estrellas y mundos de Signus una vez brillaron.

El Cúmulo Signus ha dejado de existir. Una monumental masa de oscuridad ha usurpado su lugar, tragándose a quienesquiera que no temieran poner un pie en aquellos mundos condenados. Algunos dicen que esos mundos han sido arrastrados al infierno, si tal cosa existe. Lloraría por el Gran Ángel si pudiera.

La magnitud de la tragedia es tal que sacude mi mente como una tormenta y es casi demasiado vasta para comprenderla. La legión, borrada de la existencia. Todos mis hermanos, todos mis camaradas, mi padre angelical, todos se han ido.

¿De verdad creo que hemos perdido a Sanguinius? Me avergüenza decirlo, pero en este momento lo creo. Creo que todo está perdido.

Hezen niega con la cabeza.

—¡El regente no puede esperar que nos deslicemos en el olvido silenciosamente sin más! ¡Debe de saber que no aceptaremos la disolución sin réplica!

Disolución. Qué palabra tan débil para un acto tan terrible, tan definitivo. El desmantelamiento sistemático de una legión de marines espaciales, la incautación y redistribución de cada una de sus posesiones, desde un proyectil bólter a una nave espacial. Es el cierre del libro de horas de un legado que ha perdurado desde la Vieja Noche, el final de los Ángeles Sangrientos. No en una gloriosa batalla, luchando con un enemigo indoblegable hasta que el último de nosotros perezca, no, sino una muerte por pluma y papel, un golpe dado por administradores, políticos y estrategas. Me enferma y me enfurece en igual medida. ¡Esa no es la vía del Imperio por la que juré luchar!

—¡No estamos muertos! —grita Nagal, y un puñado de guerreros se suman a su voz—. Incluso… incluso si todo eso es verdad —dice mirando el pergamino—, ¡aún quedan veinte hijos vivos de Sanguinius! Veinte almas son suficientes para reconstruir la legión.

—Uno sería suficiente —dice entre dientes apretados Hezen—. No importa si lleva siglos, podemos restaurar nuestras fuerzas.

—Si tuvierais milenios, así sería —me giro, y veo a Rubio en pie tras de mí; cómo ha entrado y se ha aproximado sin que me diese cuenta me inquieta—. Pero son tiempos difíciles, Ángel Sangriento. Los tiempos más difíciles que el Imperio haya afrontado nunca.

—¡No tienes derecho de estar aquí! —grita Nagal—. El Anexo es sólo para los hijos de nuestra legión y nadie más.

Rubio lo ignora y me mira a mí en su lugar. Noto cómo el psíquico me lee, cómo sabe del temor en mi corazón. Asiente con gravedad.

—La guerra contra Horus amenaza con desgarrar la galaxia en dos. Las prioridades han cambiado. Como un cirujano que debe sacrificar un miembro para salvar una vida, así el Sigilita tiene que tomar decisiones duras. Lamento que vuestra legión haya caído con su decisión.

—Hablad claramente —logro recuperar la voz—. ¡Si vais a ser nuestro ejecutor, Rubio, al menos dadnos eso!

Se inclina ligeramente, y hace un gesto con la mano que abarca cuanto se ve de la fortaleza-monasterio.

—La maquinaria de guerra que alimenta a la legión, los bancos genéticos, los polvorines, todo… El valor estratégico del material es incalculable, y no se puede permitir que caiga en manos de los traidores. Debe guardarse para que sirva de refuerzo a lo largo de la lucha.

—La rebelión no durará tanto —dice Hezen.

—¿Podéis estar seguro? —replica Rubio—. El Sigilita prevé todas las posibilidades. Incluso ahora, en la distante Titán, prepara una nueva arma, una nueva especie de guerreros. Malcador se prepara —señala su propia armadura—. Yo, y otros como yo, hemos sido llamados para asistirlo en su deber.

—¿Y por eso vais a destripar nuestra fortaleza? —el tono de Nagal es plano y frío—. ¿En nuestra hora más oscura, el regente viene a Baal como un carroñero

para despojarnos de todo? ¿Es por eso por lo que estás aquí? —avanza hacia Rubio, apretando los puños—. ¿Para recoger los huesos?

—Sí —responde el psíquico—. Los leviatanes de carga están de camino, tripulados por batallones de la facción leal del Mechanicum. Se llevarán lo que sea necesario.

—Fuera de aquí —gruñe Nagal.

—Tengo más que decir…

—¡Fuera de aquí! —ruge el guerrero.

Rubio permanece quieto unos segundos antes de inclinar de nuevo la cabeza. Cuando se va, la ira de Nagal vuelve a caer sobre mí.

—Deberías habernos dejado ir, Arkad. Maldita sea tu sangre, ¡deberías habernos dejado ir!

Me enfrento a él.

—Si lo hubiera hecho, no quedaría ninguno de nosotros.

—Mira a tu alrededor. Dentro de poco será así.

Sus palabras me recuerdan el sueño. Nunca hablamos del sueño, aunque todos compartimos alguna iteración de él. Para aquellos que de verdad dormían —si es que un marine espacial puede de verdad dormir— fue más vívido, pero incluso los que estábamos despiertos experimentamos una parte de la… dudo si llamarla visión.

¿Qué veo? Una amalgama de imágenes, destellos en mi mente como fantasmas de recuerdos sólo medianamente rememorados. Un mundo de arenas rojo sangre, pero no Baal. Fuego en el cielo. Una criatura inmensa, más bestia que hombre, pero tan desenfocada que no puedo definir sus características. Un hacha en la mano de la criatura. Un poderoso golpe y cientos de mis hermanos muertos. Entre todo ello, Sanguinius, sus alas totalmente desplegadas. Lo veo caer, incluso aunque sé que el Ángel no puede caer. Entonces todo desaparece, pero en la terrible estela de las imágenes una intensa y breve furia brota en mi interior. Es un tipo extraño de rabia, como lejana y esquiva. Me siento de alguna manera… corrompido por su paso.

En los tiempos antes de la iluminación del Emperador este sueño se habría llamado profecía.

Tras aquel día ninguno de los veinte hablamos de nuevo de ello, como si poner en palabras el sueño de alguna manera pudiera otorgarle certeza.

Una llamada de aviso me lleva a la pista de aterrizaje, donde la Storm Eagle de Rubio espera, posada como una rapaz paciente, lista para arrojarse al cielo.

Confieso que ya he tomado mi decisión mientras atravesaba el Claustro del Silencio. Nada de lo que el psíquico pueda decir me hará cambiar de idea.

—Hablad —le insto en cuanto emerge de la lanzadera.

—Tengo una oferta para vosotros, Arkad. Una oportunidad.

Su tono parece honesto. Me pregunto por un instante si Rubio se encontraría una vez dónde estoy yo ahora, con una pérdida tan grande sobre sus hombros que no puede medirse. El guerrero desata su espada del cinto y me la presenta en su vaina.

—Antes me preguntasteis mi rango y legión. Fui una vez un guerrero de la XIII, los Ultramarines —Rubio me presenta el arma para que vea la forma de omega de la empuñadura—. Perdí mi legión de manera tan definitiva como si todos los hijos de Macragge hubieran muerto.

No hay exageración en su voz, oigo su dolor y le creo.

—¿Y ahora sois el agente de Malcador?

Asiente.

—Uno de muchos. Algunos somos legionarios, de legiones de ambos lados de la insurrección. Otros son mortales y… demás. Ahora tengo un nuevo propósito.

Me habla del trabajo del Sigilita en el sistema de Sol, los actos que ha realizado en nombre del Emperador, aunque no abiertamente. A lo largo de las estrellas, me dice, se están tomando medidas. Naves y hombres se destinan silenciosamente allí donde serán más necesarios en las batallas por llegar. Equipo militar, tecnología genética, los pilares de la infraestructura de una legión. Todo ello diseño de

Malcador, no para combatir la traición de Horus, sino las fuerzas oscuras que el Señor de la Guerra ha despertado.

Me resulta difícil saber que quiere decir con todo ello, hasta que hace su oferta. Me ofrece la mano.

—Uníos a mí, Arkad. Todos vosotros. El pergamino negro puede que marque el fin de vuestra legión, pero no tiene porqué ser el fin de vuestro deber con Terra.

—¿Queréis que cambiemos nuestros colores por los vuestros? —estudio su coraza gris fantasmal y pongo la mano sobre la gota de sangre alada que cubre el pecho de mi armadura negra noche—. Moriré antes que desprenderme de ellos. Si Sanguinius ya no está entre nosotros, si somos sus hijos perdidos… entonces desprendernos de nuestra identidad como si descartáramos una capucha sería un insulto a su memoria.

—No lo entendéis…

—Lo entiendo —Rubio no se mueve cuando avanzo hacia él—. Hablo por todos mis hermanos. Rechazamos tu oferta.

No malgasta aliento intentando convencerme, lo cual le honra.

—Bien. Entonces sólo tengo una última petición —el psíquico vuelve a colgar la espada de su cintura y me extiende un comunicador—. Vuestras naves en órbita, la flota de guardia… Les he dado la orden de Malcador de dispersarse y retirar sus colores…

Una sonrisa aflora a mis labios, un sentimiento de orgullo en mis corazones.

—¿Y no han obedecido?

En ese mismo momento los humanos, las tripulaciones y servidores y sus oficiales mortales, me recuerdan que uno no necesita ser un legionario para pertenecer a la legión.

—Los almirantes se niegan a aceptar la orden del Sigilita a menos que lo autoricéis. Arkad, debéis relevar a la flota de su juramento a los Ángeles Sangrientos.

—No lo haré.

Oigo pasos. Botas de ceramita sobre la piedra, el sonido de quereros armados cerrando filas tras de mí. Me giro para ver sus caras, pero cada uno de mis hermanos la oculta tras el casco de combate.

Y sus armaduras…

No lucen el rojo sangre de nuestra legión. Oscuras capas de tinta las han ennegrecido hasta darles un tono similar al de la mía. Las únicas marcas carmesíes que les quedan son las bandas rojas que les cruzan el pecho y los hombros. Las brillantes líneas escarlatas son como heridas abiertas. Es Nagal quien los lidera.

—Si de verdad caminamos al lado de la muerte —entona—, entonces es apropiado que cualquiera que nos mire lo sepa.

Mi sentimiento de orgullo crece aún más, y veo los interrogantes que se plantean a Rubio en su mirada.

—¿Dónde está Horus Lupercal, hermano? ¿Bajo qué piedra se esconde ese traidor?

Rubio lee en un instante nuestras intenciones.

—Vais a enfrentaros al Señor de la Guerra. ¿Vosotros veinte contra el poder de sus armadas, de sus legiones traidoras? Moriréis.

—Por orden del Sigilita ya estamos muertos —responde Hezen—. Encontraremos a Horus y lo mataremos. O moriremos en el intento.

—¿A qué otro fin podemos aspirar? —le pregunto, y veo que la expresión de Rubio se endurece—. Cualquiera que haya jurado lealtad al Gran Ángel puede seguirnos si ese es su deseo.

El psíquico desenvaina su gladio de Ultramarine, deliberadamente despacio. La hoja de la espada brilla, y en concierto con ella los cristales de la capucha psíquica comienzan a emitir su propio fulgor.

—No puedo permitirlo. Decidid vuestros destinos si lo deseáis, puesto que sois legionarios astartes y es vuestro derecho. Pero esas naves pertenecen al Imperio y a Terra —su espada apunta a mi cabeza, pero todavía me ofrece el comunicador—. Decidles que se retiren, hermano Arkad.

—No.

El *crozius arcanum* está súbitamente en mi mano, su aura crepita con una luz blancoazulada.
En ese instante estoy dispuesto a cometer el más impensable de los actos. Estoy dispuesto a matar otro marine espacial por lo que creo que es lo correcto, y sé que mis hermanos de batalla a mi espalda no detendrán mi mano, no harán ningún reproche. Estoy dispuesto a terminar con la vida de Tylos Rubio si es necesario.

En cierto sentido el sentimiento es… liberador. ¿Es eso lo que desean los traidores de Horus? ¿Y una vez que se hace, es más fácil matar otra vez, y otra? Esa es la línea trazada frente a la que nos encontramos, y el sendero más allá estará marcado con la sangre de los guerreros que una vez llamamos hermanos, con los que una vez combatimos hombro con hombro.

Y entonces un grito llega de una garganta humana antes de que nuestras armas se crucen.

—¡Esperad! ¡Esperad! ¡Deteneos, en el nombre del Ángel!

Nagal, Hezen y los demás se apartan como un cortinaje oscuro para permitir que veamos a un hombre que se acerca. Delgado, envuelto en su túnica de terciopelo, se tambalea como si estuviera mareado. Ser Jesper, Maestro de los Hablantes, hace lo que puede por correr hacia nosotros. Tras él se agita un haz de cables y cordones rituales. Ha venido corriendo como un loco desde el *seclusium* astropático de la fortaleza-monasterio, y lo ha hecho con tal urgencia que su aspecto es deplorable. Me preocupa ver a Jesper en tal estado, porque las noticias que porta debe de ser de suma importancia. El pobre telépata no ha realizado la descompresión de su burbuja psíquica de manera apropiada. Unos hilos de sangre débil, aguada, manan de sus ojos. Se desploma al alcanzarnos, pero Hezen lo recoge antes de que se golpee contra el suelo. Nos lo acerca, llevando a aquel hombre agotado como si fuera un niño.
—Oídme —la voz de Jesper es un borboteo.

Apenas está despierto pero hay algo que lo mantiene consciente lo suficiente para poder hablar. Su tono se convierte en el cántico mimético mientras recita los códigos que prueban que el mensaje es auténtico: está repitiendo un comunicado de las estrellas.

—Raldoron habla a través de las distancias salvajes y aullantes —susurra.

—¿El primer capitán? —se sobresalta Nagal al oír mencionar el nombre de nuestro hermano, llamado al lado del Ángel en Signus.

De repente, el estado de casi pánico de Jesper es comprensible.

—Está hablando…

El astrópata se muere. Se ha matado en su esfuerzo por arrancar el mensaje del tumulto de la Tormenta Ruinosa, se ha sacrificado para que sepamos algo que puede salvarnos.

—Sanguinius vive. La legión resiste.

Es el último comunicado que Ser Jesper nos entrega. Oigo el último latido de su corazón.

Rubio no puede negar lo que ha oído, antes incluso de que por su propio comunicador reciba la confirmación de los astrópatas a bordo de su crucero. Baja el arma hacia el suelo.

Alzo mi *crozius*, el sol de Baal recorriendo su superficie como sangre derramada.
—Partid, Rubio. Tomad vuestra nave y vuestras órdenes y volved con Malcador con las manos vacías —mis corazones cantan cuando pronuncio estas palabras.

—Os consideró perdidos demasiado pronto —dice el psíquico.

—Nunca estaremos perdidos. Somos Ángeles Sangrientos.

Y esa respuesta es suficiente.

FIN DEL RELATO